

LIA CIGARINI

Dos sexos, un mundo.*

Escribo este artículo sobre las relaciones de diferencia –término con el que nombro las relaciones de intercambio, políticas y afectivas, con hombres– en un contexto político en el que se ha hecho visible un movimiento que protesta contra las formas actuales de desarrollo del capitalismo.

Naomi Klein (autora de *No Logo*) llama a esta lucha “el movimiento de los movimientos”, destacando de él la gran presencia de mujeres: tanto en los países ricos, donde la protesta ha hecho suya la práctica del movimiento de las mujeres (pequeños grupos autónomos enlazados en red y decisiones colectivas), como en los países pobres, donde son muy luchadoras las mujeres jóvenes de las fábricas que trabajan para las marcas occidentales. Klein dice, pues, que la verdadera alma del movimiento son las mujeres y sus prácticas. De esto, según ella, son conscientes todos los demás movimientos tanto en los Estados Unidos como en Canadá.

En cambio, en Italia me parece que no se tiene en cuenta la deuda que el “movimiento de los movimientos” tiene con el saber político de las mujeres. Esto es todavía más extraño (y remite, por tanto, a una

* Publicado con el título *Due sessi, un mondo*, en “Via Dogana. Rivista di pratica politica” 56/57 (septiembre 2001) 5-6. Traducido por María-Milagros Rivera Garretas.

dificultad política nuestra) si se piensa que la política de las mujeres y, en particular, la práctica de la diferencia, precisamente en Italia ha insistido en poner en el centro, como dice C. Marazzi en el último número de *Via Dogana*, "el cuerpo, la relación intersubjetiva, la parte por el todo, lo inconmensurable, la desproporción entre saber y poder". Y prosigue: "mientras el capital se revolucionaba haciendo suyo el hacer comunicativo-relacional con modelos nuevos de organización empresarial y relaciones nuevas entre producción y mercado y entre local y global, vuestra búsqueda se orientaba hacia la construcción de itinerarios de lucha metonímica dentro del lenguaje simbólico-metafórico, dentro de su falsa universalidad."

¿Por qué entonces la ausencia (que ciertamente no es cuantitativa, pues en las más de 500 asociaciones que, por ejemplo, apoyaron la protesta de Génova, había muchas mujeres) de una *palabra* política de mujeres que destaque las formas políticas originales de las asociaciones (política primera) no incorporables ni representables en el binomio poder/contrapoder?

Pienso que es porque en los Estados Unidos y en Canadá una parte grande de las feministas ha aceptado o, incluso, contribuido a formular la teoría de los derechos humanos universales que todo lo incluyen hasta cancelar el conflicto entre los sexos, mientras que en Italia se ha intentado contrarrestarla poniendo en el centro la modificación de sí y la relación con los demás, o sea, con una práctica política, no con objetivos ni enemigos externos. De manera que, por lo que a mí respecta cuando se da un acontecimiento como el de Génova, me alegro porque no me gusta el modo burgués de vivir, pero, al mismo tiempo, siento como una desproporción entre la radicalidad de nuestra práctica y el acontecimiento político en el que los hombres, que prefieren orientarse hacia el poder, están en primera fila, lo cual hace que se me quiten las ganas de intervenir.

La propia Naomi Klein, que ha escrito un buen libro para decir que las multinacionales son esencialmente "productoras de significados", aca-

ba luego a favor de la lucha por derechos humanos universales. Parece que no entienda que las *marcas* ofrecen una respuesta ficticia a la necesidad de existencia simbólica, que es necesidad de ser para sí y para los demás, fieles a nuestra experiencia. Si no se triunfa en este terreno, triunfa la política de las multinacionales, por más grandiosas manifestaciones de protesta que se hagan.

El hecho es que yo me encuentro en este momento destacando el potencial, *precisamente en el presente*, de la teoría y práctica de la diferencia, pero incierta sobre cómo seguir caminando. Las mediaciones políticas probadas en estos años, tanto con mujeres comprometidas en prácticas distintas o interesadas en la política institucional, como con hombres disconformes con el modo tradicional de hacer política, han sido relativamente estériles.

Por eso querría relatar mi experiencia de relación con algunos hombres implicados en la indagación y en el cambio de las formas de la política. He buscado estos intercambios públicos para dar sustancia a una idea que tengo desde siempre: que las prácticas de las mujeres tienen una fuerza de modificación de lo real que vale para mujeres y hombres. Siempre he intentado tener a la vista la realidad en cuanto tal. En breve, he intentado siempre hacer de la relación entre los sexos, también de la conflictiva, una palanca para cambiar la realidad.

Por eso, desde el lugar de autoridad femenina en el que me encontraba, la Librería de mujeres de Milán, y como acto de libertad, nombré la necesidad que tenemos de hombres implicados en nuestra práctica política. Otras muchas mujeres empezaron estos intercambios para realizar su propio proyecto de modificación de la realidad mediante la práctica de la relación (escuela, trabajo, formas de la política, etc.).

Sin embargo, de las discusiones recientes (entre ellas el debate sobre *Via Dogana* "Donne dell'altro mondo"), resulta drásticamente redimensionada la confianza en la confrontación-intercambio con los hombres.

Una complicación dañina la hemos introducido nosotras mismas, pidiendo el reconocimiento previo de autoridad femenina para que hubiera relación. He reflexionado sobre este punto y he llegado a la conclusión de que solo el gesto inicial de *apertura a lo otro* (amor, diría Luisa Muraro) contiene esa dosis de fuerza y de libertad femenina que es necesaria para el intercambio. El resto hay que jugarlo día a día en el hacer político y afectivo.

Quitada de en medio esta impostación simplista que acababa mordiéndose la cola, quedan dificultades reales atribuibles a la diferencia masculina. La primera, la separación que hacen entre niveles, entre campos de discurso y de indagación, entre ámbitos, entre lugares, entre el pensamiento y la vida. De modo que, cuando discuten sobre la diferencia (o afrontan el pensamiento y la política de las mujeres) usan un cierto lenguaje y parece que la diferencia sea el eje central de su pasión y de su razonar, mientras que cuando actúan en la política masculina usan otro lenguaje y otro centro. Un comportamiento esquizofrénico que anula precisamente la premisa de la relación de diferencia, que es la de partir de la existencia de un mundo habitado por hombres y mujeres.

Además —y es algo que podría cuestionar en su raíz la posibilidad de relaciones de diferencia— ellos tienden a hacer desaparecer el conflicto entre los sexos en la relación en la que se han implicado, evitando así el jugársela en primera persona. Es decir, hay una tendencia masculina a atribuir a la sociedad en general la eventual cancelación de la diferencia femenina (o, para muchos, la discriminación política de las mujeres). En sustancia, precisamente en nombre de su atención al saber femenino, se apartan del conflicto entre los sexos y, por tanto —yo digo— de la relación.

Es difícil convencerles de que puede haber conflicto sin lucha en contra. Por eso, solo hacen práctica política con mujeres cuando hay un interés contingente común. Personalmente, no puedo decir que tengo una relación con un hombre que pueda ser definida como una relación

por sí misma. O sea, productora de un saber verdadero de la diferencia masculina y femenina.

Tengo con frecuencia la impresión de que el pensamiento de la diferencia es tomado en consideración porque, en un momento de vacío de teoría, permite poner al día la lucha anticapitalista o responder a otras preocupaciones dominantes. No hay de por sí en esto nada malo, si no fuera que también en este caso se tiende a cancelar el conflicto entre los sexos y la diferencia.

Hay, pues, que discutir sobre esta experiencia contradictoria. Pienso que no se puede dejar pasar la posibilidad que ofrece una práctica de relaciones mujeres-hombres que tengan un sentido de su diferencia. Hay necesidad de acción política, y me he dado cuenta de que en el hacer político que no pone en juego todas las posibilidades que se tienen, se está destinada a perder algo (o incluso mucho).

Sé que algunas piensan disfrutar la libertad femenina entre mujeres, en sintonía entre ellas. Las mismas y otras piensan que la fuerza indiscutible conquistada por las mujeres en el mundo proseguirá en cualquier caso, sin que ellas se esfuercen por entender cómo. Pero yo no estoy de acuerdo. Estoy convencida de que, en este momento, la relación de diferencia es indispensable para la acción política. También para evitar depender de las mediaciones de las representantes –oficiales o espontáneas– de las mujeres, que hacen mediación a la baja y dan una imagen modesta de la diferencia femenina.

Discutiendo con Luisa, he visto que estábamos de acuerdo sobre la necesidad de la acción política y sobre el hecho de que la puerta por la que pasa lo posible (del cambio de una relación mujer-hombre con aumento de libertad femenina) es lo real. La práctica se vive realmente, no es pensamiento puro. Con palabras filosóficas, Luisa lo expresa así: lo pensable puro, la posibilidad de esto o de aquello, aunque contenga todas las condiciones para realizarse, como sucede con los proyectos políticos de despacho, es inerte y suele quedarse en su estado de

inerte posible. En cambio, la práctica de la relación despierta el potencial de lo existente, porque despierta el deseo.